

Las quinceañeras

Esperanza Brito de Martí
Cristina Renaud

Fem cumple quince años y eso, en la vida de una revista, representa mucho esfuerzo. Sobre todo cuando, como en este caso, se trata de una revista contestataria que cuestiona la política, el sistema familiar y social, las relaciones entre los géneros, la medicina autoritaria tradicional y todo cuanto pueda representar la sujeción de las mujeres.

Añadamos a eso que *fem* no cuenta con capital ni con subsidios, que mes con mes tiene que tronarse los dedos para pagar la renta, el teléfono y la luz (¿se acuerdan de Bartola?), además del papel, la tipografía, y el impresor. Cumplir quince años ha sido accidentado pero *fem* está viva y saludable, y eso es un éxito del feminismo mexicano.

La revista no ha alcanzado la adultez. Aún faltan propuestas, cambios, nuevas estructuras. Aún falta que sea económicamente autosuficiente, que no caiga en deudas, que aumente su circulación hasta convertirse en la revista favorita de todas las mexicanas. Bien, a los quince años, nadie es adulta.

Cumplir quince años tampoco representa la adultez para las jóvenes mujeres que alcanzan la llamada "edad de las ilusiones". ¿Ilusiones de qué? nos preguntamos. ¿Qué piensan las quinceañeras de hoy de los problemas a los que se pueden enfrentar? ¿Qué diferencias hay con las quinceañeras de hace veinte o cuarenta años? Ya entraron a la edad fértil pero piensa, como la mamá de Julieta, que eso las hace mujeres.

Encuestamos a quinceañeras de entonces y de ahora para hallar respuesta a estas preguntas y a otra. ¿Qué tanto ha incidido el movimiento feminista en la conducta y el pensamiento de las jóvenes de hoy? Podíamos haber trampeado la encuesta, entrevistando a las hijas de las mujeres cercanas a *fem*. Pero nosotras somos serias, así que nos lanzamos a la calle buscando chicas de clase popular, clase media y media alta, que quisieran responder a nuestro cuestionario.

Con sorpresa constatamos que las respuestas son parecidas en los tres estratos sociales, que las barreras de clase se derrumban para señalar actitudes similares, en algunos casos avanzadas en otros conservadoras, de las quinceañeras mexicanas del Distrito Federal.

LA QUINCEAÑERA DEL PASADO

Aquí se vale hacer un retrato hablado de las quinceañeras, abuelas y madres de las actuales, de hace cuarenta y veinte años. No había gran diferencia entre estas generaciones. Querían tener novio, casarse, tener hijos. Se reían de la excepción, que anteponeía el estudio y el trabajo, a la conquista del muchacho, a la fiesta, el vestido, a la guapura. Para ellas el destino de las mujeres estaba claro: estudiar mientras me caso y luego dedicarme al marido y a los hijos.

La competencia entre las chicas era feroz. Una tenía que ser la más guapa, la más popular, la mejor vestida. Tener la mejor fiesta de quince años, el novio más guapo, el que tuviera mejor coche, el jefe de la palomilla. Y luego, tener el mejor anillo de compromiso y ¡oh triunfo! ser la primera del grupo en casarse. No acababa ahí. Había que ser la primera en tener un hijo. Era un hijo deseado, sí, pero no por sí mismo, sino por la competencia, ¿por ganarle qué? a las amigas, a las otras. El hijo como símbolo de fecundidad y de haber alcanzado la *realización como mujer*.

Hasta hace veinte años, y a pesar de los logros alcanzados por los movimientos de mujeres, la cultura patriarcal se imponía en el pensamiento y la conducta



de jóvenes y viejas. Las universidades hacía tiempo que se habían abierto a las mujeres, pero de ellas sólo se esperaba un barniz de cultura que les permitiera transitar sin tropiezos en su vida social, sin tropiezos quería decir sin avergonzar al marido.

La preparación formal servía para algo más: para educar a los hijos. Es decir que una podía estudiar una carrera universitaria, para más adelante ayudar a los críos a hacer la tarea. Entre hacer tareas de primaria y apoyar con inteligencia las actividades del cónyuge, se desperdiciaban muchos años de estudio y muchos talentos.

En la clase popular se notaba una mayor conciencia de lo que el estudio podía representar para las mujeres. Los padres de familia —albañiles, pintores, choferes— no querían que sus hijas fueran empleadas domésticas y se partían el alma para darles una educación que les permitiera moverse en la escala social.

Pero, lo mismo que en la clase media y media alta, esta preparación sólo sería utilizada en tanto la chica se casaba. Después del matrimonio su destino era la procreación, el cuidado del hogar, de los hijos y del marido.

Los padres y las jóvenes con una perspectiva más amplia, veían el estudio como un seguro ante posibles contingencias: una muchacha debe estar preparada por si un día lo necesita, ¿qué tal si el marido le sale irresponsable?, ¿qué tal si enviuda?, ¿qué pasa si se divorcia? Todas posibilidades muy reales y todas relacionadas con tener o no un buen proveedor.

Las jóvenes de entonces temían hablar de sexualidad. Las madres se avergonzaban del tema y transmitían este pudor a las hijas. El cuerpo era pecaminoso, la masturbación prohibida y la virginidad seguía considerándose como el valor más alto de una joven soltera. Lo cual no quiere decir que todas se mantuvieran vírgenes. Algunas, tal vez muchas, ejercían su sexualidad, con culpa, sin libertad, pero la ejercían.

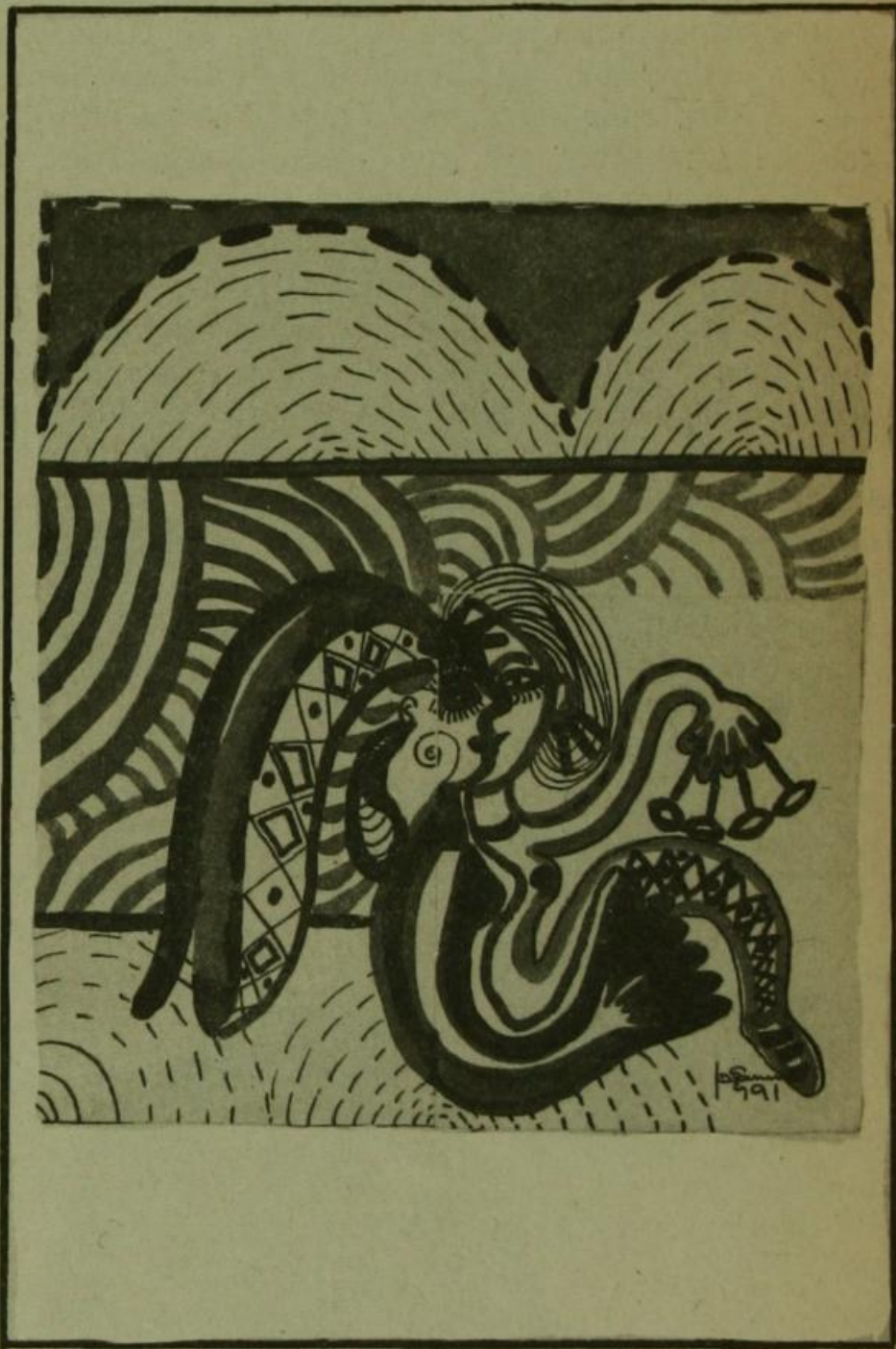
Pocas eran las chicas que se interesaban por problemas sociales y políticos. A pesar de sentirse cercanas al matrimonio y a las responsabilidades de la edad adulta, no se preocupaban por conocer y pensar en posibles soluciones para los problemas que aquejaban su sociedad y su mundo. Este se circunscribía a una familia, sus amigos y la escuela. Más allá de este estrecho entorno, nada las preocupaba.

LA QUINCEAÑERA DE HOY

Cuando decidimos investigar como piensan y que expectativas tienen las adolescentes en la actualidad, estábamos casi seguras que encontraríamos grandes diferencias entre ellas y sus madres y abuelas; que los cambios generados por el movimiento feminista y que han logrado cambiar el pensamiento de los adultos, habría incidido también en las jóvenes, en su manera de ver la vida y de percibirse a sí mismas.

No nos sorprendió que nuestras encuestadas pensarán en los novios, los vestidos y los bailes. El baile es el baile ¡que caray! y si bien la mitad de las chicas consideró la fiesta de quince años cursi y pasada de moda, para la otra mitad fue un acontecimiento sobresaliente en sus vidas. El chambelán, el vals, los cadetes de la escuela militarizada, el gran pastel, el vestido de olanes, fueron el marco perfecto para ser la reina por ese día.

Ojalá y el gusto por el baile, les dure para siempre, porque como regocijo, terapia, desfogue, manifestación de alegría y muchos etcéteras, no tiene rival.



De cuando tener el primer novio, nuestras quinceañeras piensan que entre los trece y los quince años. Un 87 por ciento cree que una chica debe de tener varios novios y no casarse con el primero, mientras que un 13 por ciento que eso depende de la relación y que si ésta es buena, da lo mismo que sea el primero o el quinto.

No hay cambio pues en lo que se refiere a la edad del noviazgo, pero sí lo hay en cuanto a la que consideran la mejor edad para contraer matrimonio. La mayoría de las jóvenes de hoy, 73.5 por ciento, no desean casarse antes de los veinticinco años ni antes de terminar una carrera. El matrimonio ya no se les

presenta como una urgencia, como algo que de no lograrse rápido frustra sus aspiraciones. Es más bien una opción a futuro, cuando ya hayan alcanzado cierta madurez física e intelectual.

Fue difícil hablar con ellas de sexualidad y aunque el 100 por ciento aseguró que tocan el tema con sus madres, cuando les preguntamos qué era lo que éstas les decían, el 87 por ciento respondió que les advierten que deben cuidarse de los hombres porque *eso* es lo único que ellos buscan.

El 55 por ciento se declaró en contra del sexo prematrimonial, manifestando que era malo y que una chica con *principios* se abstiene de esa práctica. Un 27 por ciento se mostraron dudosas. El 18 por ciento que lo aprueba, lo considera normal y bueno. Sólo una joven dijo: "Está bien, pero con eso del SIDA, yo no me arriesgo".

Ante esto nos dimos cuenta que el sexo sigue siendo un tema tabú en el interior de las familias. Si toda la educación sexual que recibe una adolescente, es la misma amenaza terrorífica de "cuidate de los hombres", quiere decir que las madres y las abuelas hemos avanzado muy poco.

Es obvio que la mayoría de las madres prefieren que sus hijas adolescentes se abstengan de tener sexo premarital, porque desean que estén protegidas de la posibilidad de un embarazo no deseado que puede desembocar en un aborto, o en el nacimiento de un hijo que va a frustrar, o por lo menos a alterar drásticamente, el futuro de la joven.

Pero cuando las jóvenes rechazan el sexo prematrimonial por razones de *principios*, es obvio que se sigue manejando la sexualidad como algo pecaminoso que sólo santifican el matrimonio y la maternidad. Tanto así que no sólo no les hablan del sexo, sino tampoco de anticonceptivos: el 27 por ciento de las encuestadas no pudieron dar una opinión porque no sabían nada del tema.

No tenían más información las que se pronunciaron en contra de los anticonceptivos. Una de ellas dijo: "son armas que matan a los bebés". Tampoco está mejor informado el 51.5 por ciento que opinó que los anticonceptivos son buenos "sirven para prevenir el SIDA" fue una de las respuestas; otra "son buenos para la demografía".

Al parecer no hay cambios, y sin embargo, se están gestando. Un cambio, ya lo mencionamos, se refiere al matrimonio, como expectativa principal de la joven quinceañera. Ya lo reflexionan, ya lo posponen, ya quieren estudiar.

Esto fue lo más estimulante. La joven de hoy, el 100 por ciento de nuestras encuestadas, ya no ve el estudio como un pasatiempo "mientras me caso", ni como un colchón por si se quedan sin proveedor. Hablan de estudiar para superarse y para tener un mejor futuro. Aquí sí hablan de igualdad: *tenemos la misma capacidad, es lo mismo un hombre que una mujer,*



quiero ser importante, valemos lo mismo que los hombres, el futuro depende de mí.

Quieren estudiar y ejercer una profesión. El 86 por ciento opinó que las mujeres deben seguir trabajando durante el matrimonio. El 36 por ciento piensa que se puede trabajar aun cuando haya hijos, mientras que el 59 por ciento cree que hay que tomar un receso cuando los hijos son muy pequeños y necesitan más el amor y los cuidados de la madre, para después regresar al trabajo.

Las jóvenes de hoy tienen un compromiso consigo mismas, pero no parecen tenerlo con los demás. A la pregunta ¿qué cambiarías de tu mundo? el 95 por ciento contestó: *nada*. El 5 por ciento opinó que hay que combatir la pobreza. Tal vez el 95 por ciento piensa que *su* mundo es su familia, sus amigos, su escuela.

Y ahora a la pregunta ¿qué tanto ha incidido el feminismo en las jóvenes actuales? Sólo el 23 por ciento sabe, aunque sea superficialmente, qué es feminismo, aunque el 40 por ciento se declara feminista. El otro 60 por ciento dicen no ser feministas, pero aceptan no saber de qué se les está hablando.

Oye *fem*, todavía te queda mucho camino por delante. ☹